

**Cuadernos
sobre
Diálogo Interreligioso**

Nº 7

**EL DIÁLOGO DE OTRORA
Y DEL FUTURO:**

**RELACIONES JUDEO-CRISTIANAS
EN TIEMPOS DE CAMBIO ***

Eugenio Fisher y León Klenicki **

1991

** Este artículo mantiene vigencia a pesar de haber sido publicado en 1991, antes del establecimiento de relaciones diplomáticas plenas entre el Estado de Israel y el Vaticano.*

B'NAI B'RITH
Distrito 28
Montevideo - Uruguay

Versión española del original inglés,
*Dr. Jacobo Hazán - Departamento de
Asuntos Interreligiosos - B'nai B'rith*

Montevideo, marzo 1995.-

1. EUGENIO FISHER: Detractores del diálogo:

Un buen amigo y colega, el Rabino James Rudin, del Comité Judío Americano, acostumbra sorprender a sus auditores declarando que *"El diálogo católico-judío es el acontecer más exitoso del siglo XX"*. Lo es, en cierto sentido, pero quizá solamente en la segunda mitad del mismo, mientras que la primera significó el nadir de dos mil años de una antigua relación, el Holocausto. Es, por supuesto, la insondable oscuridad de la *"Shoá"* la que da significativo relieve a la otrora luz vacilante constituída por lo que cristianos y judíos han realizado juntos desde el Segundo Concilio Vaticano.

Una medida de la evolución exitosa puede encontrarse en la vehemencia de sus detractores. El diálogo cristiano-judío cuenta con varios de ellos en el seno de ambas comunidades. Un teólogo judío de la liberación, llama al diálogo *"muerto"* porque, presumiblemente, sólo un número insuficiente de sus seguidores han abandonado sus sentimientos antisionistas. Inversamente, un miembro prominente de una organización sionista destacada, ha condenado el diálogo porque ha fracasado en asumir los propósitos políticos como propios. Hoy, debe reconocerse un lugar importante para ambos puntos de vista en el contexto del diálogo porque son necesarios para un pleno entendimiento de la permanente relación con la tierra y el Estado de Israel. Pero ninguno de estos aspectos puede ser tomado por el diálogo como un criterio para integrarse al mismo ya que tal actitud impediría la consideración de otros legítimos puntos de vista judíos.

Dentro de la comunidad judía organizada encontramos, entre los ortodoxos, quienes asumen una interpretación estricta de un artículo de hace tres décadas del Rabino José Soloveitchik, quien sostenía que si bien la cooperación social con los cristianos es importante para el bienestar común, el verdadero diálogo religioso (o 'teológico') es imposible porque la fe es demasiado *"íntima"* como para ser compartida. Este no es el lugar para discutir las reflexiones previas al Concilio Vaticano II del Rabino Soloveitchik; bastará con señalar que no sabemos que diría hoy. Cuando escribió no había experiencia acerca del diálogo judeo-católico, salvo las disputas medievales. Por ello, quizá ha llegado el momento para encarar nuevamente el tema o - por lo menos - interpretar la sentencia de Soloveitchik más ampliamente de lo que fue entendida originalmente, en vez de hacerlo más estrechamente tal como lo hacen hoy algunos en la comunidad ortodoxa.

Entre los cristianos, el debate interno acerca de la naturaleza y práctica del diálogo, no está más difundido. Algunos cristianos de línea fundamentalista (ya sean protestantes o católicos) tienden a ver el diálogo con los judíos como *"decolorando"* sin duda alguna la fe verdadera que debería manifestarse como una preocupación por salvar a los judíos de la condena a la que

inevitablemente se dirigen, a menos que acepten el bautismo (a propósito, el Papa Juan Pablo II ha señalado en numerosas ocasiones que no es una posición católica viable).

A la inversa, otros cristianos autodenominados de línea "*radical*", pueden caer fácilmente en la tentación de considerar al diálogo con los judíos como una distracción piadosa de lo "*real*", es decir, de los asuntos sociales. Todavía otros ven al diálogo cristiano-judío como una "*particularidad*" mordaz, como una amenaza a su visión de una verdadera "*teología universal*" de las religiones del mundo. Estos últimos verían "*la cuestión judía*", en el mejor de los casos, como un sub-tema de las relaciones interreligiosas consideradas globalmente.

Esta última posición cristiana, que inferioriza la particularidad del diálogo con el Pueblo de Dios, Israel, puede ser tan peligrosa como la "*teología de sustitución*" o el énfasis en la "*conversión*" de los fundamentalistas. Porque mientras que el fundamentalismo coloca a la Biblia en un chaleco de fuerza moderno (i.e. los "*fundamentos*"), bloqueando de este modo, el acceso directo del creyente a la plenitud de la palabra inspirada de Dios, los "*superuniversalistas*" eluden simplemente el significado de la Biblia, haciéndola funcionalmente irrelevante.

¿QUÉ SIGNIFICA EL DIÁLOGO?

Los detractores del diálogo tienen, en general, dos cosas en común. La primera es que, con pocas excepciones, en su gran mayoría están muy poco involucrados con el diálogo actual. La segunda es que lo consideran de acuerdo con su potencial para avanzar en sus propósitos bien definidos, ya sean éstos políticos o religiosos. Pero el diálogo - correctamente entendido - no puede ser un medio para un fin más allá de sí mismo ya que, por definición, está dirigido a profundizar la relación de significado, confianza y entendimiento entre las partes del diálogo.

"*Diálogo*" no significa dos personas o grupos hablando. El *dia* proviene de la raíz griega "*ver a través*". Esto es, el *logos* que "*habla a través*", al corazón del otro. Como Martín Buber lo dijo, el diálogo existe "*entre*".

Se pueden usar términos religiosos tales como "*arrepentimiento*" y "*reconciliación*", para caracterizar una correcta actitud cristiana hacia el diálogo. En el diálogo se intenta presentar la propia creencia lo más auténtica y por ello lo más convincentemente posible. El diálogo cambiará las actitudes de cada grupo hacia el otro y - por consiguiente - la de cada uno consigo mismo, especialmente entre judíos y cristianos porque, en gran medida, la propia identidad ha sido autodefinida, a lo largo de los siglos, sobre y contra el otro.

La cuestión no es la "conversión" del otro. Más bien, el diálogo incrementa nuestro aprecio por el otro, reforzando precisamente nuestra comprensión de su singularidad esencial. Por este camino entendemos, también, tranquila y más profundamente nuestras tradiciones.

Mientras que el diálogo no puede -como tal- perseguir fin otro que el propio (incrementar la mutua comprensión y respeto), las comunidades que han estado en diálogo, pueden y deberían aprender a trabajar juntas en forma decisiva para el logro de propósitos sostenidos en forma independiente, pero convergente, por las dos comunidades. Pueden ser metas sociales comunes pero hechas ahora para el bien del reino de Dios ("tikún olám"). Aquí, en un proceso, cuyos resultados retornan al diálogo para consideración mutua, puede discernirse lo que nuestros místicos denominan las divinas "semillas" (Agustín) o "chispas" (el Zohar), cuya redención es la llave de la redención del universo. Esta es una visión del diálogo del futuro.

Pero primero, por supuesto, necesitamos mucho más diálogo para saber si nosotros - judíos y cristianos - después de dos siglos de mutua desunión, pensamos independientemente la misma cosa acerca del vocablo "redención". No sólo nuestras historias divergentes, sino también nuestros lenguajes religiosos esenciales que reflejan aquellas historias, necesitan hoy avenirse a través del diálogo.

2. LEÓN KLENICKI

El primer y el vigésimo siglo hace cerca de dos mil años y hoy comparten algo en común: ambos son tiempos de cambio en la historia y en la espiritualidad del hombre.

El primer siglo fue testigo del singular fenómeno religioso de un renovar en la tradición del judaísmo y de la implementación de la relación Dios - pueblo en nuevas circunstancias históricas y sociales. Fue una revolución espiritual inspirada en el espíritu de Jeremías 31,31: la promesa de Dios de un pacto renovado e Israel acomodando la palabra de Dios a su experiencia nacional y espiritual luego del exilio. Fue el comienzo del judaísmo Rabínico que, conformó el Fariseísmo, la introducción rabínica del pensamiento bíblico y de los mandamientos en las realidades de la vida.

El primer siglo testimonió también la realización de un llamado: Jesús asume una vocación. Su misión es acercar a la humanidad - falta de guía divina - a Dios, a la disciplina de una vida orientada por la ley divina y la palabra. La ley -

una palabra mal comprendida por los Padres de la Iglesia - y mandamientos, en sus diferentes formas, resultaron el compromiso de fe tanto del judaísmo rabínico como del cristianismo primitivo.

Irónicamente, ambas comunidades de fe anduvieron a través de la historia confrontadas por normas cristianas y conductores religiosos que lastimaron al judaísmo y al pueblo judío hasta los tiempos modernos. Los judíos sufrieron y todavía sufren - en muchos aspectos - la enseñanza del desprecio, la denigración del judaísmo que nutrió un antisemitismo social pagano, que culminó en la diabólica manifestación del Holocausto.

Pero cristianos y judíos enfrentan, ahora, tiempos de cambio en la historia. Juntos están alcanzando el final de un siglo rico en descubrimientos científicos e igualmente rico en horror: el Holocausto o el Gulag.

Ambas comunidades de fe especulan con las posibilidades diabólicas del ser humano, mientras buscan la presencia de Dios en el otro y la singularidad de su oración en el mundo occidental. Cristianos y judíos están encontrándose entre sí, de cara a Dios, en nuevas condiciones históricas.

Esta es una respuesta al llamado de Dios más allá de una desunión cristiano-judía voluntaria o forzosa. Es el tiempo para una respuesta conjunta ante los pecados del mundo; para el azote del racismo y el antisemitismo, para nuestra obligación de testimoniar a Dios y para una relación de alianza diaria en toda la comunidad.

DIÁLOGO EN ACCIÓN:

Hablar acerca de un testimonio unido puede ser fácilmente una confortable expresión de una relación de té y simpatía, un momento en el diálogo pero no su propósito y su significado completo. El testimonio cristiano-judío de Dios significa cuidar conjunta y continuamente víctimas del SIDA, ayudar a la gente con empleos y no con caridad, que soluciona temporalmente la miseria. Significa también ayudar a superar las limitaciones espirituales de la miseria en Occidente, así como en las naciones en desarrollo.

Un testimonio cristiano-judío conjunto significa denunciar y luchar contra el liderazgo corrupto de países que usan donaciones para alimentar a la gente en su propio beneficio y para satisfacer sus ambiciones políticas. Cristianos y judíos tienen que responder a los problemas sociales más allá de un romanticismo que, a través del tiempo, ha perjudicado a todos los pueblos del mundo.

Cristianos y judíos necesitan ayudar a la gente para que ésta se ayude a sí misma, como lo hacen con sus propios niños. Los padres no ayudan a sus hijos e hijas en las proximidades de sus treinta años, como lo hicieron cuando eran adolescentes. Lo mismo debería aplicarse a los cristianos y judíos que se preocupan por los desafortunados. Tal preocupación permite un proceso de cambio en los corazones y en las condiciones sociales de quienes reciben ayuda y sufren limitaciones económicas. Es un proceso que debería transformarlos de receptores de dádivas en hombres económicamente saludables. De otro modo cristianos y judíos estarán alimentando un sentimiento de infancia social y persiguiendo paternalismo o maternalismo económico.

LA NECESIDAD DE COMPARTIR ESPIRITUALIDAD:

El cambio fundamental judeo-cristiano del siglo veinte, favorece un proceso espiritual de ajuste de cuentas y una respuesta.

El ajuste de cuentas involucra mirar críticamente la forma en que ambos son presentados en sus sistemas educativos, oraciones y predicación. Ambos, cristianos y judíos, tienen que superar la enseñanza del desprecio. Esta enseñanza hiere su compromiso y ha perjudicado dolorosamente al judaísmo por siglos. Es necesaria una más correcta introducción mediante el estudio, oración y silencio, así como el reconocimiento de una mutua cooperación cristiano-judía. Los cristianos tienen la obligación de explicar los textos del Nuevo Testamento que podrían proyectar una sensación de antijudaísmo en los servicios religiosos y en la predicación.

Para ello se requiere implementar los documentos eclesiásticos - tanto católicos como protestantes - sobre el judaísmo y su presentación, que aún necesitan ser parte de la liturgia cristiana y de los sistemas educativos. Los textos siguen necesitando una aclaración o explicación de sus referencias antijudías.

El judaísmo necesita comprender el significado del cristianismo, más allá del recuerdo. Los judíos no pueden permanecer atascados en el recuerdo de pasados dolores. Una comprensión judía del cristianismo después de Auschwitz y del Vaticano II, en una sociedad democrática y más allá de disputas teológicas, es el comienzo de un proceso de reconocimiento: reconocer al cristianismo, percibirlo como una fe presentada en la historia, como un rayo de Dios transmitiendo a la humanidad un mensaje Eterno. Es una manifestación de Dios con una misión y vocación de servir a la humanidad. Reconocer la vocación del cristianismo por el mundo no es una invitación a la conversión.

El reconocimiento del cristianismo vincula la aceptación del "otro" en Dios, para Dios, en una tarea conjunta de redención. Hago mías las palabras de Will Herberg a este respecto:

Si, cada uno necesita al otro: El judaísmo necesita al cristianismo y este necesita al judaísmo. La vocación de ambos puede ser definida en términos comunes: dar testimonio al Dios viviente entre las idolatrías del mundo. Pero, desde que emerge la Iglesia y a través de la emergencia de la Iglesia, esta vocación ha sido como si fuere desdoblada en dos partes. El judío completa su vocación "quedándose con Dios", "no dando al mundo descanso mientras el mundo no tiene Dios", recordando la frase inolvidable de Jacques Maritain. El cristianismo puede cumplir su vocación solamente "saliendo" a conquistar al mundo para Dios. La vocación judía es "permanecer", la cristiana "salir", ambas con el mismo propósito, el del reinado de Dios. Judaísmo y cristianismo representan de este modo una fe expresada en dos religiones, el judaísmo enfrentando internamente a los judíos y el cristianismo haciéndolo entre los gentiles que, a través de él, son llevados a Dios y al pacto de Israel por lo que dejan de ser gentiles en el verdadero sentido del término. Esto es la unidad del judaísmo y el cristianismo y es por ello por lo que un judío es capaz de ver y reconocer a Jesús, en su singularidad, como el camino al Padre.

La aceptación "del otro" como persona de Dios, el cristiano como un socio en la redención, permite su aceptación como un igual en Dios y socio en los designios de Dios. La espiritualidad en el quehacer mutuo es el comienzo de una cicatrización espiritual necesitada profundamente en ambos caminos: los de Dios y del mundo.

Este es nuestro cambio fundamental: cristianos y judíos testimoniando a Dios en el mundo y compartiendo la singularidad de sus espiritualidades individuales.

Eugenio J. Fisher es Director Asociado del Secretariado para asuntos ecuménicos e interreligiosos de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos de U.S.A., Washington, D.C.

El Rabino León Klenicki es el Director del Departamento de Asuntos Interreligiosos de la Liga Anti-Difamatoria de la B'nai B'rith, N.Y. Es también uno de sus miembros de enlace con el Vaticano.